

Primer premio del V Concurso
de Cuentos de Montaña
Pyrenaica 2011

Juan Manuel Maestre Carbonell

Jugando con los sentidos

— Todo fue muy rápido... Íbamos sin encordar, cuando llegamos bajo el resalte donde ocurrió. Creí que también yo sería arrastrado al abismo, pero la placa de nieve se cortó por debajo de donde me encontraba y quedé allí, anclado a la pendiente con mi piolet, horrorizado y sin poder evitar la catástrofe que estaba presenciando.

Aunque apagadamente, reconozco la voz de mi amigo Patxi, allá arriba, al final del helado túnel en el que me encuentro.

No siento más dolor que la incertidumbre, ni mayor herida que la de mi ego, y espero aletargado y paciente, aunque preso de extraño agotamiento, el incierto devenir... Mikel está aquí conmigo y quiere que me levante, pero no puedo. ¡Qué día tan largo el de hoy!...

Lo presentí al alba y logré sobreponerme; ahora sé que no debí hacerlo... Me había ocurrido otras veces en la montaña con desigual desenlace y... no, no lo puedo explicar razonadamente. No es una ciencia exacta, es algo indescribible... como un sueño, o... una rara pesadilla. Sí, eso es, como una pesadilla.

Con el nuevo día el hormigueo intranquilo anudó mi estómago haciéndome dudar. Instintivo, y ajeno a mi estado físico, el insistente y premonitorio sentir me llenó de dudas y malos augurios, tan inminentes como concretos, arrojándome a un extraño juego de contradictorios sentidos.

Mariposas inquietas bailaron incontroladas en mi interior agudizando temores gestados durante el sueño; desasosiego que asalta por igual en la precariedad del vivac, que en el confort del refugio y que, cuando aparece, será siempre antes de acometer una ascensión de riesgo... como la de hoy.

Aunque... no sé si dormí o no. No lo recuerdo... Ahora ya no importa.

Tal vez ocurrió buscando en algún rincón de mi cerebro, una certera solución a los peligros que mi juicio advirtió en la ruta. Habitual ejercicio que hacemos los alpinistas, aunque despiertos. Debí no hallar solución a los problemas, de lo contrario nada extraño hubiera presentado...

Pudo ser un onírico momento donde, tras abrir mis ojos a la mañana, quedase en ellos grabada tan intensa y fracasada vivencia que aún siendo irreal la presentí cierta, traspasada ya la ilocalizable línea entre sueño y realidad...

Sí, me había ocurrido antes, y alguna vez el presagio fue tan brutal que renuncié a la escalada ese día. Lo he visto también en otros compañeros que, sin motivo aparente y llegado el momento de emprender la ascensión, desistieron argumentando un socorrido "No me encuentro bien".

Otros, directamente lo confesaron: "No las tengo todas conmigo hoy, y prefiero no subir", o "No sé qué me pasa", y otras respuestas que más o menos querían expresar, no tener clara la idea de arriesgarse en aquella ascensión.

Y ocurre. ¡Os aseguro que ocurre! Los habrá que piensen que el peligro es algo que no depende de ellos, y no harán caso alguno, de tal suerte que, despreciado el "mensaje" ignorarán sus síntomas y, al no sufrirlos, evitarán su mal.

Otra cosa será si el nefasto vaticinio se cumpliera.

Pero cuando se consigue ignorar este sentimiento, la intranquilidad va quedando atrás a medida que se desarrolla la ascensión, y luego, si la cumbre se alcanza sin que nada suceda, se hablará de "superación"; de haber vencido el miedo a lo desconocido, un

temor inherente a la mayoría de los seres humanos...

Aventajados científicos probaron que el miedo es un mecanismo natural, defensor del cuerpo físico, si bien, está mejor documentado ante un peligro inminente, e incluso una vez ocurrido éste. Síntoma sutil que parece no afectar a todos por igual, pero que está ahí. Eso lo sabemos bien los alpinistas... Yo ahora, también lo sé.

Al levantarme esta mañana —no sé bien, si despierto o no—, las "mariposas" iniciaron su danza. Aleteaban en mi interior durante el frugal desayuno, imposible de tragar, y también en la misma puerta del refugio, cuando ataba mis botas y crampones bajo el frío intenso de la madrugada.

Luego, los lepidópteros se alejaron al despuntar el sol. ¡Qué ironía tan grande! Ellas que aman la luz, murieron en mis sentidos cuando éstos se avivaron —¡pletóricos!—, al nacer el nuevo día. Recordarlo ahora me reconforta a pesar de lo ocurrido...



La nieve dura hizo que las puntas de mis crampones mordieran bien sobre la inclinada pendiente del glaciar asegurando mis pasos. Pronto superamos la primera barrera rocosa que defiende la montaña, y un campo de nieve se abrió en abanico mostrando las grietas y seracs que debíamos sortear para conjurar los peligros objetivos; esos que no dependen de nuestra propia acción y que se desencadenan por sí mismos. Subíamos rápido y todo iba bien. Había comenzado a bajar, perfectamente delimitada, la viva línea que trajo luz al sombrío mundo por donde estábamos subiendo... de repente ocurrió...

—El débil corrimiento fue acrecentándose. La avalancha tomó volumen y velocidad, y su fuerza se volvió irresistible. Todo se hizo confuso y grité sobre el rumor de aquella ola blanca precipitada ¡Montxoooo! ¡Mikeeeel!...

Pero fue imposible hacer nada...

Yo me di cuenta inmediatamente; antes incluso que Patxi comenzase a gritar... Un ¡Clac! apagado, y un sutil tintineo de finos cristales de hielo arrastrándose por la pendiente me alertaron. Noté deslizarse el blanco elemento pero no me preocupé, creyendo que aquel débil manto de nieve fresca desprendida, quedaría en nada. Confiado, supuse que aquella papilla blanca me sobrepasaría, y que yo permanecería allí, aferrado a mi piolet...

Me equivoqué. Al instante vi aumentar la masa nivosa y cuartearse su helada capa superior, que fue arrastrada por aquel mar gélido, de cincuenta y cinco grados de inclinación.

No Tomé consciencia de lo que estaba ocurriendo. En mi mente de alpinista creí tenerlo todo controlado... Pero esta vez no fue así.

Sé, que son situaciones que llevan implícita la aceptación de un riesgo, asumido con automatismos a lo largo de cada escalada. La actitud de "control" se regenera en nosotros continuamente, buscando dominar todas las situaciones mediante ordenados y aprendidos movimientos... Es la técnica.

Sé, que de su correcta y decidida ejecución, dependen los estímulos que orientan al alpinista a cada paso; ejercicio mental, continuo y automático que implica reconocimiento, aceptación y ejecución. Así es el juego... hasta que sobreviene el fallo: por cansancio, despiste o falta del adiestramiento necesario. En realidad es tan simple como complejo...

Y ocurrió... Uno de nosotros, no sé cuál, cortó la placa desencadenando la avalancha. En mi caso, debí distraerme con aquella paranoia vespertina pues, sinceramente, ni estaba cansado ni me faltó la experiencia para subir por esta ruta que ya conocía. Todo pasó muy rápido y me vi sorprendido...

—No contestan.

Patxi parece preocupado por mi situación, pero yo estoy bien, sólo quiero descansar. Mikel está aquí conmigo y hace lo que puede para que me ponga en pie y le siga, pero... no quiero... y aunque no siento dolor, tengo mucho sueño...

Sé que la caída ha sido importante... Cuando ya me vi arrastrado por la pesada y blanca masa, recordé los movimientos natatorios que recomienda la literatura de montaña para estos casos: "permanecer en la superficie de la avalancha es fundamental..."; claro que, lo que no se cuenta en esos libros, es que en la superficie todo adquiere mayor crudeza, y te das perfecta cuenta del imparable deslizamiento; hacia dónde me dirigía, y las pocas posibilidades que tenía de evitar despeñarme por aquel trampolín que corría hacia el precipicio. Fue todo, tan... fugaz, y tan inevitable...

Me contaron una vez que desde que se desencadena el accidente hasta que el alpinista toma verdadera consciencia del peligro, el tiempo de transición puede ser mínimo; incluso igual a cero. Pero no ha sido así en mi caso. Me salté también la segunda de las fases en la que, según algunos testimonios, se contienen las vivencias que van desde la percepción del peligro y su aceptación, hasta el reconocimiento del fracaso...

Reconozco que en ningún momento pensé que aquello pudiera acabar mal. Tampoco llegué a perder el conocimiento. Viví impasible todo el proceso de la caída, pero no tuve ningún miedo ni preocupación, simplemente me dejé llevar por los acontecimientos. Me pareció algo irreal, como un sueño, pero ni siquiera un mal sueño; simplemente esperaba que todo aconteciera como si fuera yo un mero espectador...

Dicen que el que cae desde una gran altura deja de vivir la realidad, hasta que pierde el conocimiento. De esa manera cuando despierta —si ha logrado sobrevivir— creará que lo ha soñado, lo cual impedirá que aparezca un trauma, justificando así, que un alpinista accidentado pueda volver a escalar montañas tras una grave caída. Los expertos afirman que es más traumático para los testigos presenciales de un despeñamiento, que para quien lo ha sufrido y, que según crea el despeñado que puede o no evitar la muerte, tendrá posibilidades de que ésta se produzca o que, finalmente pueda salvarse, independientemente de sus heridas. Esto que, en su momento, me pareció una adaptación científica de nuestro refranero español: "mientras hay vida, hay esperanza" tiene hoy, para mí, bastante credibilidad...

Debo estar herido pues el salto al precipicio ha sido grande, aunque no sé cuánto... ni tampoco el tiempo que ha durado...

Noté un golpe violento contra una roca sobresaliente de la pared, que pasó ante mí como el vuelo rasante de un avión



de combate en un videojuego... Escuché el ruido del golpe, pero ningún dolor y, salvo el sonido opaco del impacto, el silencio ha sido total durante un salto que me ha parecido placenteramente largo.

Pese a la velocidad a la que debí precipitarme al vacío, nunca perdí el sentido.

Otros salvados de caídas como la mía, cuentan que vieron pasar delante de ellos todas las imágenes de su vida; imágenes, que van desde la infancia hasta el momento actual. Pero yo no he visto nada. Mi mente ha estado ocupada, preparándose para el impacto que sabía iba a llegar. He intentado calcular la trayectoria y el punto de llegada. ¡Eso era lo realmente importante para mí! Al principio, intenté frenar lo irremediable, pero cuando llegó el pretil del barranco y en el salto, el aire quedó bajo mi cuerpo, dejé de preocuparme. Pensé que iba a morir y supe que absolutamente nada podía hacer para evitarlo... Lo curioso es que lo acepté sin temor, y desde ese momento, todo lo calculé con absoluta calma.

Cuando se cae al agua, sépase o no nadar, se mueven instintivamente los brazos para evitar ahogarse; si el fuego nos quema, buscamos huir de él, espolándonos las brasas; un soldado durante una batalla, se protege contra la metralla agazapado en su trinchera... También contra un animal salvaje se lucha con pies y manos para escapar de su ferocidad. Y así, en todos los casos, intenta uno aferrarse a algo sólido que suponga un salvavidas, sea de la clase que sea... Pero cuando estás volando ya sabes que, en el aire, no hay nada a lo que uno pueda aferrarse y debe asumir lo fatal e inevitable.

Noté luego, el choque contra la pendiente de nieve y tampoco sentí dolor. Esta vez ni siquiera escuché el sonido del impacto, sólo mi cuerpo, como un pingajo, resbalando antes de volver a caer en esta oscuridad donde ahora me encuentro. Frenada la vorágine del movimiento, sentí al instante la tibieza del fluido sanguíneo resbalando por mi sien. Sé que estoy herido, pero la ausencia de dolor me impide cuantificar la gravedad.

Noto mayor movimiento de gente. Supongo que han venido a sacarnos de aquí. Mikel insiste en que me levante y le siga. Me zarandea levemente, pero yo lo único que tengo es sueño... mucho sueño...

Debe ser cierta la teoría de aquel investigador americano que afirmó, que el sistema nervioso de las personas en situación límite, como la que acabamos de vivir, produce unas sustancias similares a la morfina, que amortiguan el dolor y provocan sentimientos de felicidad, y que el grado de shock, dependerá siempre de

la consciencia del peligro mortal que se tenga durante la caída.

Al menos no he caído en los clichés del alpinismo clásico, y prometo no relatar a nadie aquello de que "mi vida pasó por delante de mí". Siempre dije que la muerte en la montaña no es la muerte de un héroe sino la de un tonto, pues cuando debimos encordarnos no lo hicimos, y es seguro que si hubiéramos estado atados, Patxi, que se hallaba en terreno firme, hubiera retenido nuestro deslizamiento por aquella blanca papilla que acabó por atragantársenos.

Será el Sol, pues un débil rayo de luz alcanza a llegar hasta donde nos encontramos, pero no siento su calor. El tiempo pasa inexorablemente...

No tengo prisa... Estoy bien... Patxi, allá arriba, sigue lamentándose, y Mikel ha dejado de insistir. Noto como su luz se aleja... se apaga... No te vayas Mikel, ¡espera! Creo que yo también voy contigo...

La plácida oscuridad parece borrar de mi mente todos los recuerdos, todo lo sucedido, todo lo que soy... y todo lo que he sido... pero estoy bien...

Ahora, parece que vuelve la luz hacia mí desde la oscuridad... oigo el susurro de una voz apagada que me reclama... Ya voy Mikel, ya voy...

— ¡Venga Montxo! ¡Despierta coño! Que se hace tarde y pronto amanecerá.

— ¿Qué? ¿Qué pasa?

— Es tarde. Levanta.

Reconvertida la luz espectral, en una simple lámpara frontal, veo a Mikel entre la penumbra del sollado. A su alrededor, nerviosas linternas iluminan cuerpos semidormidos, afanados en vestirse sin salir del cálido plumón. Despierta el refugio al bullicio montañero. Rebota una bota sobre el suelo de abedul, y una risa se esfuerza, inútilmente, en ser ahogada. Vuelvo a la vida en la madrugada, aunque no sé bien, si reconfortado. No dudo cuando miro a mi mochila, decidiendo darle hoy descanso, ni vacila mi voz cuando serio de solemnidad comunico mi decisión.

Él, no insiste; comprende con su mirada; me sabe fuerte en la determinación: ya sea para apretar el paso y cumplir horario, o los dientes para superar un tramo agreste y delicado. Mikel me conoce bien y, cuando emulando a Mecano le he recitado aquello de "hoy no me puedo levantar...", supo acabada nuestra ascensión. Ni una queja, ni un reproche, ni una pregunta. Patxi tampoco dijo nada. Son más que amigos: ¡compañeros de cordada! Saben ver en mis ojos, el estado inquieto de mi alma y en silencio, se marchan.

Veo por el ventanuco de la habitación comunitaria, crampones sobre el glaciar que delatan a la cordada que parte. Tres haces de luz dibujan sobre la nieve claroscurios; siluetas recortadas sobre el débil rosa, que va pintando en la noche los colores del nuevo día. Temo por ellos, aunque tal vez no hay razón sin presagio, y cuando finalmente alcancen la cima, habrán escrito una nueva página en la historia de su propia superación. ¿Quién lo sabe?...

El alpinismo es la elección libre de un camino de rosas y espinas que, como la propia vida, alcanzará al llanto y a la risa, al placer y al dolor, al miedo o al exultante goce de los sentidos.

Siempre... será nuestra la elección. De errar o acertar dependerá nuestro futuro, pues nuestro sino es tan personal, como el propio instinto...

Y el mío me ha dicho que hoy, no debía jugar con los sentidos.
